

VACCEA ANUARIO

Núm. 18, 2025

versión digital en acceso libre: www.pintivaccea.es

10 €



Universidad de Valladolid



Equipo Editorial

Dirección

Carlos Sanz Mínguez, Universidad de Valladolid, España

Secretaría

Roberto Matesanz Gascón, Universidad de Valladolid, España

Consejo de Redacción

Juan Francisco Blanco García, Universidad Autónoma de Madrid, España

Joaquín Barrio Martín, Universidad Autónoma de Madrid, España

José Carlos Coria Noguera, Universidad de Granada, España

Pablo de Castro Martín, Universidad de Valladolid, España

Javier Pinto Sanz, Universidad de Valladolid, España

Elvira Rodríguez Gutiérrez, Universidad de Valladolid, España

Roberto Sendino Gallego, Universidad de Valladolid, España

Rafael Vega José, editor independiente, España

Consejo Asesor

Andrés María Adroher Auroux, Universidad de Granada, España

Silvia Alfayé Villa, Universidad de Zaragoza, España

Martín Almagro Gorbea, Real Academia de la Historia, Madrid, España

Jesús R. Álvarez Sanchís, Universidad Complutense de Madrid, España

Luis Berrocal Rangel, Universidad Autónoma de Madrid, España

Sebastián Celestino Pérez, Instituto de Arqueología – Mérida (CSIC), España

María Rosario García Huerta, Universidad de Castilla – La Mancha, España

Raimon Graells i Fabregat, Universidad de Alicante, España

Alberto J. Lorrío Alvarado, Universidad de Alicante, España

Luis Luis, Fundación Côa Parque, Portugal

Ana María Niveau de Villedary y Mariñas, Universidad de Cádiz, España

Juan Pereira Sieso, Universidad de Castilla – La Mancha, España

Fernando Quesada Sanz, Universidad Autónoma de Madrid, España

Alonso Rodríguez Díaz, Universidad de Extremadura, España

Gonzalo Ruiz Zapatero, Universidad Complutense de Madrid, España

Margarita Sánchez Romero, Universidad de Granada, España

Elisa Rosa B. de Sousa, Universidad de Lisboa, Portugal

Luis Valdés García, Real Academia de la Historia, Vizcaya, España

Periodicidad

Anual

Instrucciones de publicación

<https://pintia vaccea.es/seccion/normas-de-publicacion-vacceca-anuario>

Edición

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

Universidad de Valladolid

Sistema de arbitraje

Revisión por pares ciegos. El Consejo de Redacción, recibidas las revisiones, determinará la aprobación o no del artículo para su publicación en la revista

ISSN

Edición impresa: 2659-7179

Edición en línea: 2659-7187

Depósito Legal: VA 523-2017

Maquetación

Eva Laguna Escudero

Impresión

Gráficas Benlis (Valladolid)

Portada: Raspadores podomorfos de Numancia



Proyecto Pintia

Equipo de investigación 2024

Director

Carlos Sanz Mínguez
Universidad de Valladolid

Codirectores de la excavación arqueológica

Elvira Rodríguez Gutiérrez
José Carlos Coria Noguera

Coordinación

Asociación Cultural Pintia

Colaboradores

Irina Agredano Calatayud
María Mercedes Barbosa Cachorro
Elia Escudero Soria
Eva Laguna Escudero
Unai D. Martínez Tejeda
Juan José Moral Daza
Matías de la Mota Martínez
Juan Francisco Pastor Vázquez
Félix Jesús de Paz Fernández
Carmelo Prieto Colorado
Ignacio Represa Bermejo
Carlota Salazar Pisabarro
Sara Turrión Palacios
Lorenzo Vargas Román
María Velarde Ruiz

Voluntariado pintiano



3 EDITORIAL

ARTÍCULOS

5 Campaña XXXIV-2024 de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñafilel. Valladolid)

Carlos Sanz Mínguez, José Carlos Coria Noriega y Elvira Rodríguez Gutiérrez

25 El cerro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid). Una emergente ciudad vaccea que se truncó

Juan Francisco Blanco García

43 Tan lejos, tan cerca: zoomorfos en perspectiva cenital en El Castillo de Rábano y en Las Ruedas de Pintia

Carlos Sanz Mínguez y José Antonio Rodríguez Marcos

61 Producciones singulares vacceas: ralladores tabulares y raspadores podomorfos

Carlos Sanz Mínguez y Elvira Rodríguez Gutiérrez

89 El Castro de El Viso (Bamba/Madridanos, Zamora). Excavaciones de urgencia en 2024: nuevas perspectivas para el conocimiento de un asentamiento al occidente del territorio vacceo

Mónica Salvador Velasco, Aitor Labajo Román, Raúl Martín Vela, Elvira Rodríguez Gutiérrez, Pilar Ramos Fraile, Carlos Sanz Mínguez, María Luisa Osete y Francisco Javier Pavón-Carrasco

VARIA

103 El puente de Valdovar y las puentecillas del arroyo Botijas de Peñafilel

Salvador Repiso Cobo

121 NOTICARIO VACCEO

129 LA OTRA MIRADA

136 HUMOR SANSÓN



El cerro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid). Una emergente ciudad vaccea que se truncó

Juan Francisco Blanco García*

Resumen: Uno de los poblados más representativos de la cultura del Soto de Medinilla, concretamente en lo que se refiere a su *etapa de plenitud*, es el ubicado en el cerro de La Mota. Numerosas han sido las campañas de excavación que, desde 1982, en él se han llevado a cabo, y a pesar de que aún no se ha dicho la última palabra sobre el inicio y el final de su periodo de ocupación prehistórica, por ahora sigue vigente la idea de que sus primeros habitantes se instalaron a comienzos del siglo VII a. C. y los últimos lo abandonaron en cierto momento del IV a. C., no llegando a transformarse en una ciudad vaccea.

Nuestro objetivo en este trabajo es, con la información arqueológica disponible y tras llevar a cabo un repaso crítico de la misma, esgrimir las posibles razones por las que tan destacado enclave soteño precisamente no llegó a convertirse en una ciudad vaccea más, como lo fueron otros importantes poblados de la Primera Edad del Hierro como Rauda, Zorita/Las Quintanas de Valoria la Buena, Simancas, el propio Soto de Medinilla, Cuéllar o Cauca.

Palabras clave: Primera Edad del Hierro, asentamiento del grupo Soto de Medinilla, ciudades vacceas, valle medio del Duero, España.

The hillfort of La Mota (Medina del Campo, Valladolid). An emergent Vaccaean city truncated

Abstract: One of the most important settlements belonging to the Soto de Medinilla culture, exactly to the Full and Late Soto, is the hillfort of La Mota. The archaeological evidence, since 1982, shows that the period in which was occupied the Iron Age village were from the beginning of the seventh century until the fourth century BC. According to ceramic evidence, the last wheel-made pottery found at the site, of vaccaean type in Red and Black Painted, shows that it was abandoned about fourth century BC. In consequence, La Mota never became a vaccaean city. *¿why?*

Our purpose in this paper, with the archaeological information that we now have, is to see the possible reasons that can explain the abandonment of this important site, as so many different cases of other villages of the Soto culture, like *Rauda*, *Zorita/Las Quintanas de Valoria la Buena*, *Simancas*, *Soto de Medinilla*, *Cuéllar* or *Cauca*, for instance.

Keywords: Early Iron Age, Soto de Medinilla settlement, Vaccaean towns, Middle Duero Valley, Spain.

Cómo citar: Blanco García, J.F. (2025) "El cerro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid): Una emergente ciudad vaccea que se truncó", *Vaccea Anuario*, 18, pp. 25-41. <https://doi.org/10.69531/LEER-8803-PNTV>

Recibido: 22 de abril de 2025 / Aceptado: 28 de mayo de 2025

Introducción

El de La Mota de Medina del Campo es uno de los núcleos poblacionales de la Primera Edad del Hierro meseteña en el que, a pesar de las numerosas intervenciones arqueológicas que en él han tenido lugar desde 1982, más preguntas están pendientes de respuesta, lo cual le convierte en un atractivo yacimiento para quienes investigan ese periodo en el área central de la cuenca del Duero. Una de esas preguntas, cuajada de ramificaciones, se refiere a las causas por las que en cierto momento del siglo IV a. C. (V cal AC) queda deshabitado, no llegando a convertirse en una ciudad vaccea más de cuantas hoy conocemos, que sin duda hubiera sido de las más destacadas, a juzgar por la importancia que adquirió como aldea soteña en los siglos VII-V a. C. (VIII-VI cal AC). Por el momento, la documentación arqueológica no permite saber si su final acaeció de forma repentina —motivado por una o varias causas—, o bien estamos ante un caso de lento abandono del cerro por parte de sus ocupantes. De haber ocurrido esto último, la investigación debería abordar, cuando se generen nuevos datos sobre los niveles de abandono, los posibles motivos por los que este proceso se pudo haber producido. Pero el de La Mota, siendo quizá el más sobresaliente, no es un caso único de abandono del enclave por parte de sus residentes soteños en momentos en los que comienzan a formarse las ciudades vacceas. La Trinchera de Olivares de Duero (Seco, 1993: 222), Las Quintanas de Castronuevo de Esgueva (Del Olmo, 2016: 215-217, lám. 100) o el Castro de Santa María del Río (Celis, 2007: 49), por ejemplo, son otros tantos lugares en los que ocurrió algo parecido, si bien es obvio que en cada uno de ellos habríamos de buscar las causas específicas que condujeron a tal hecho. Abandono que, dicho sea de paso, también se observa en lugares soteños del área próxima celtibérica, como Adrada de Haza (Sacristán, 1986a: 44-45; Sacristán *et al.*, 1995: tabla 1).

Pero si la cuestión del final de La Mota resulta compleja, no lo es menos la de sus inicios como poblado estable, levantado por una pequeña comunidad humana con intención de establecerse de manera permanente en el cerro medinense, en torno al 700 a. C. (800 cal AC), es decir, en los inicios de la *fase de plenitud* o *de madurez* de la denominada cultura del Soto de Medinilla. Hasta ahora, los vasitos finamente bruñidos, de carenas vivas y superficies negras acharoladas, carentes de decoración, tan característicos y abundantes en la fase *formativa* de dicha cultura, pero que siguen estando presentes en la de *madurez*, como quedó demostrado en las excavaciones de 1989-1990 realizadas en el propio poblado epónimo de la referida cultura y por ello han perdido gran parte del valor diagnóstico que tenían años atrás (Delibes y Romero, 2011: 77), en La Mota son tan raros que únicamente tenemos identificado con plena seguri-



Fig. 1. Vista aérea del cerro de La Mota (SIGPAC Castilla y León).

dad un ejemplar, exhumado en las excavaciones que en 2003 se practicaron frente a la puerta del castillo (figs. 2 y 11: 1), a no ser que exista alguno más en informes de intervenciones que permanecen inéditas. En el extremo noroccidental del cerro, zona en la que, como más adelante veremos, existen motivos para pensar que pudo estar situada la aldea fundacional —aunque esta es una propuesta que necesita ser confirmada a través de nuevas y más extensas excavaciones—, no parece que se hayan documentado tales cuencos carenados.

En este trabajo vamos a realizar un análisis crítico de la información que hasta ahora han deparado las excavaciones en el poblado de la Edad del Hierro de La Mota, con la vista puesta en el asunto arriba anunciado: las razones que se pueden esgrimir para explicar cómo tan importante poblado soteño no llegó a transformarse en ciudad vaccea, como sí ocurrió en otros destacados enclaves tales como Simancas, el Soto de Medinilla, Zorita/Las Quintanas de Valoria la Buena —si bien en este caso el núcleo del Hierro II se encuentra algo desplazado respecto del soteño (Misiengo *et al.*, 2017)—, Rauda, Cuéllar o Cauca.

Y lo primero que corresponde abordar, aunque no sea más que de forma breve, son los aspectos físicos del lugar en el que los soteños de La Mota construyeron su poblado. El emplazamiento en el que se levantó es un cerro amesetado de unas 10 ha de espacio útil para construir, situado entre el río Zapardiel y el arroyo Adajuela, que destaca unos 20 m sobre la superficie campiñesa circundante (fig. 1). Con los datos hoy disponibles, resulta difícil tratar de establecer la extensión que llegó a alcanzar este enclave en su momento de mayor desarrollo, pues aunque los materiales de la Edad del Hierro aparecen dispersos por todo el promontorio (Seco y Treceño, 1993: 133), es evidente que el espacio urbanizado debió de ser menor. En su tesis doctoral, A. Blanco González (2009: vol. II, 2, 42) calculó, sobre la ortofoto del SIGPAC, que la extensión real pudo haber sido de unas 6,75 ha, lo que significaría que estaríamos ante uno de los poblados soteños más grandes que se conocen. Sin embargo, esta propuesta necesita de comprobación

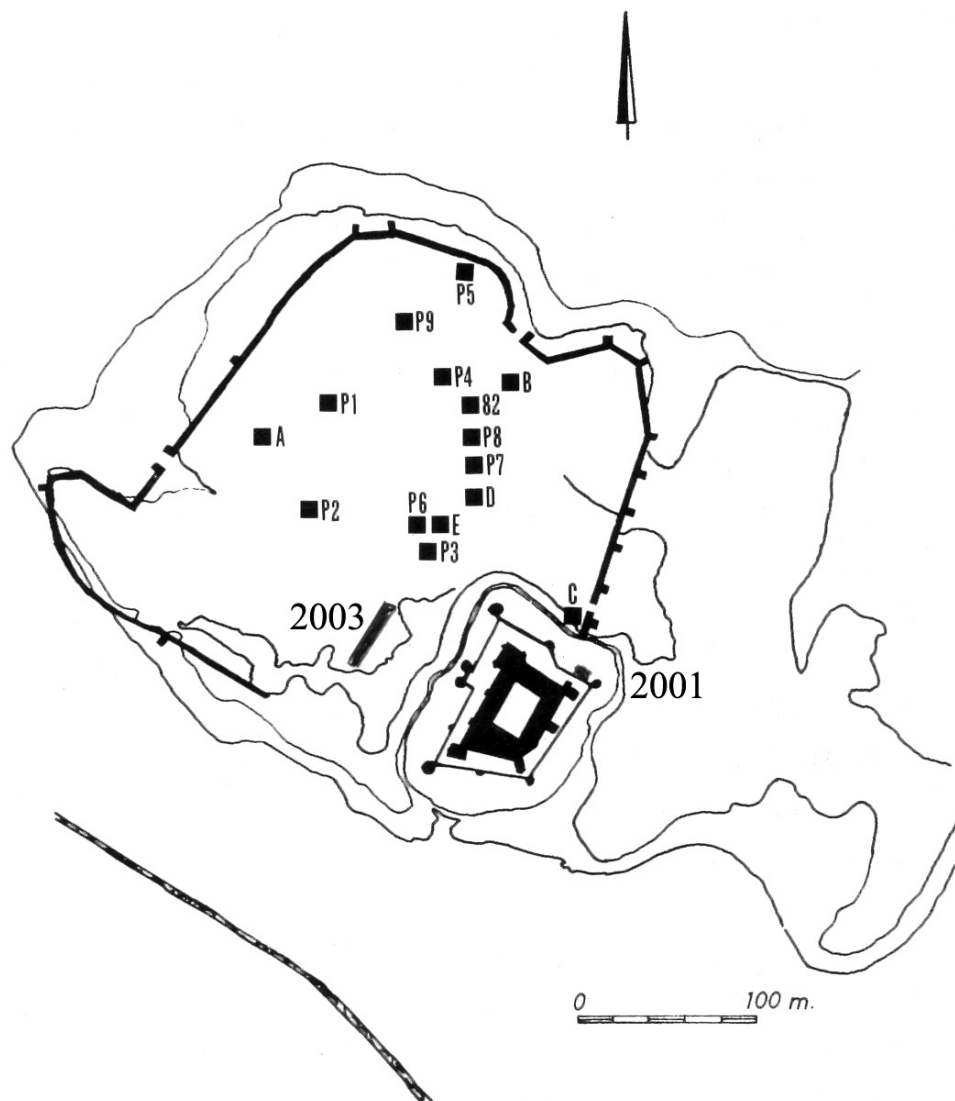


Fig. 2. Localización de las excavaciones practicadas, aunque la escala no es aplicable a las unidades de excavación (Seco y Treceño, 1995, modificado con las intervenciones de 2001 y 2003).

arqueológica sobre el terreno mediante la puesta en práctica de un programa de sondeos selectivos, distribuidos por todo el perímetro del cerro, e incluso así, habría sectores en los que no se obtendría ninguna información porque en ellos se realizaron importantes obras arquitectónicas en tiempos medievales y modernos que prácticamente han desmantelado *ad fundamentum* las estructuras prehistóricas, como se ha podido comprobar, por ejemplo, en 1999, cuando al excavar varios sondeos M. Retuerce y M. A. Hervás en el entorno del castillo se llegó al sustrato geológico sin que aparecieran restos arquitectónicos o niveles de ocupación intactos de la Edad del Hierro, aunque sí materiales cerámicos dispersos y, por tanto, descontextualizados.

En torno al cerro, además de localizarse varios espacios lacustres que en épocas de abundantes lluvias darían un aspecto pantanoso a los terrenos circundantes, se extienden llanuras onduladas en las que

en la Edad del Hierro se situaban los campos de cultivo entre espacios forestales que los análisis polínicos y antracológicos han mostrado que eran de encinas, robles, quejigos, pinos negrales y piñoneros, fresnos, sauces y chopos –seguramente estos últimos formando bosques-galería–, así como superficies de herbáceas aprovechables para el mantenimiento de una cabaña ganadera que los análisis arqueofaunísticos, en este caso, indican fue numerosa y diversificada, pero dominada por ovicaprinos y bóvidos.

Entrando ahora en aspectos historiográficos, el cerro de La Mota se incorporó al panorama poblacional de la Edad del Hierro en el centro del valle del Duero hace poco más de cuarenta años. Concretamente, en 1982, cuando, durante la excavación de urgencia de cinco sondeos en lo que iba a ser la ampliación del cementerio municipal, por primera vez se documenta una amplia secuencia estratigráfica con restos de viviendas de barro y madera superpuestas, pertene-

cientes a tres momentos del Hierro Antiguo —La Mota 1, La Mota 2 y La Mota 3, fechados, respectivamente, en 800/750-700/650, 700/650-550 y 550-400 a. C.— bajo los niveles de época medieval (García y Urteaga, 1985; García, 1986-87: 109). El indudable interés de la información recuperada en aquella ocasión para conocer los orígenes de Medina del Campo condujo a la realización de nuevas excavaciones entre los años 1988 y 1993. Estas se concretaron en más de una docena de sondeos estratigráficos, unos ubicados dentro del propio camposanto, pero otros fuera, que, con resultados de diversa consideración, han supuesto la mayor parte del importante caudal de conocimientos que en la actualidad tenemos (Seco y Treceño, 1993 y 1995). Un caudal sólo incrementado con los aportados por las excavaciones practicadas en el año 2001 en la zona sureste del cerro, junto al castillo —donde se constató que el poblado soteño estuvo protegido inicialmente por un foso al que más tarde se añadió, paralelo a él, un segundo—, y en el 2003, frente a la entrada principal del mismo, un espacio hoy dedicado a aparcamiento y recepción de visitantes (Blanco y Retuerce, 2010). En los 297 m² intervenidos en esta última campaña, y como resultado de ser una excavación en extensión —la única de estas características que se ha practicado hasta ahora en el cerro, algo, por otro lado, poco frecuente en los poblados soteños—, se pudo documentar todo un conjunto de restos de viviendas de adobe, tapial y madera pertenecientes a tres momentos constructivos que, en conjunto, se fechan entre mediados del siglo VII a. C. y mediados del IV a. C. Las numerosas estructuras exhumadas muestran una ocupación muy densa del espacio urbano, lo cual se explica porque nos encontramos en pleno centro del cerro.

Estas intervenciones (fig. 2) son las que han aportado el grueso de la información de la que hoy disponemos, pero no podemos silenciar que entre 1993 y 2001 se practicaron algunos sondeos más que afectaron al poblado de la Edad del Hierro. En concreto, tres en 1995, que no llegaron a agotar la secuencia estratigráfica y tampoco se publicaron, pero cuyos perfiles fueron refrescados y reinterpretados en 1996.

Secuencias estratigráficas y estructuras arquitectónicas

La superposición de poblados de la Primera Edad del Hierro en La Mota ocasionó la formación de un auténtico *tell*, de forma similar a como ocurrió en el emblemático Soto de Medinilla (Palol y Wattenberg, 1974; Delibes, Romero y Ramírez, 1995), así como en otros muchos lugares de su mismo signo cultural, tales como Zorita, en Valoria la Buena (Martín Valls y Delibes, 1978; San Miguel, 1995; Misiego *et al.*, 2017), Benavente (Celis, 1993), Ledesma (Benet, Jiménez y Rodríguez, 1991), Cuéllar (Barrio, 1993) o Rauda (Sacristán, 1986a). Como ha quedado demos-



Fig. 3. Vista general de las excavaciones de 2003 (fotografía de Manuel Retuerce).

trado tras los numerosos sondeos realizados, en algunos puntos del cerro la potencia estratigráfica llega a superar los 3,5 m, con el interés añadido de que tanto la secuencia de construcciones documentadas como la cultura material asociada a cada una de ellas muestran una ocupación permanente, sin aparentes episodios de abandono temporales (Seco y Treceño, 1995: 224). Eso sí, y como es propio de los asentamientos de tipo *tell*, en algunas zonas periféricas del cerro la potencia se ve reducida considerablemente, lo cual nada tiene de extraño puesto que también se observa en los poblados arriba indicados, además de en la aldea soteña caucense de Los Azafranales (Blanco, 2018: 28-33), y con independencia de que hayan existido o no alteraciones en épocas posteriores. Es lógico que esto suceda porque se trataría de evitar construir en los terrenos más cercanos a las vertientes periféricas, siempre expuestos a procesos de erosión destructivos.

Como más arriba hemos adelantado, la aldea fundacional de La Mota, con los datos estratigráficos hasta ahora recuperados, se ha propuesto que pudiera haber estado situada en el extremo noroccidental del cerro (Blanco, 2009: 59). De ser así, un aspecto más que estaría por investigar sería el de su proceso de crecimiento hacia el sur y sureste, hasta quedar formada como la macro-aldea que llegó a ser. Un pro-

ceso que seguramente fue rápido, porque si ya desde el último tercio del siglo VII a. C. se puede identificar la existencia de una élite rectora de la comunidad gracias al notable conjunto de productos importados de las regiones meridionales —llegados a través de grupos culturales intermedios situados en las proximidades de lo que más tarde se denominaría Vía de la Plata, así como de los existentes en torno a la sierra de Gredos—, esto sólo se explica cuando la población sobre la que ejerce su autoridad es numéricamente importante, puesto que, a la postre, es la generadora de la riqueza agro-ganadera que esa élite gestiona. Del volumen de población que pudo concentrarse en La Mota creemos que es buen indicio la alta densidad de ocupación del espacio edificable y el aspecto protourbano, relativamente ordenado, que muestran las viviendas de, al menos, las fases de ocupación más avanzadas, tal como ya se intuyera en algunos sondeos de los años ochenta y noventa del pasado siglo y se pudo comprobar en la excavación en extensión practicada en 2003 en la zona central del cerro (fig. 3). La misma existencia de algunos muros medianiles constituye otro indicio de desarrollo urbanístico y aprovechamiento intensivo del espacio constructivo que ya está presagiando lo que más tarde vamos a encontrar en la mayor parte de las ciudades vacceas. No obstante, de lo que hasta ahora no ha sido hallado indicio alguno en La Mota es de la existencia de vías estructuradas que facilitarían el acceso a las casas,

algo que resulta difícil de documentar en los pequeños sondeos realizados, pero que preveíamos aparecieran en la excavación en extensión de 2003, tal como se tiene constatado desde hace años en varios poblados soteños, como el situado junto a la Dessobriga vacceo-romana o el zamorano de La Corona/El Pesadero (Delibes y Romero, 2011: 74). Calles o vías de servicio que en el caso de La Mota debieron de ser terreras.

Por otro lado, el nivel de decoro que vemos en alguna vivienda de Zorita (Martín y Delibes, 1978), Cuéllar (Barrio, 1993: 184-185; López, 2017) o el mismo Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 162), por ejemplo, se observa, si cabe con mayor contundencia, en La Mota, al haber engalanado, igualmente, gran parte de los zócalos interiores de las paredes y algunos bancos o plataformas con decoraciones pictóricas en rojo, negro o amarillo, algo que desde 1982 se ha venido constatando en casi todas las excavaciones realizadas. Hogares de diversa morfología, construidos tanto a ras de suelo como sobre plataforma de arcilla; en ciertos casos hogares-horno, como el exhumado en el nivel II-2 de la cuadrícula A-1 de 1982 o los dos del cuadro A, de 1988 (Seco y Treceño, 1993: 136), quizá para fabricar pan; algún que otro espacio doméstico seguramente relacionado con la fabricación de piezas textiles, como el registrado en una de las viviendas que se excavó en el cuadro C, donde aparecieron una docena de pesas de telar y un



Fig. 4. Detalle de una de las viviendas exhumadas en las excavaciones de 2003, con hogar central y anclajes de los postes de madera que flanqueaban la puerta (fotografía de Manuel Retuerce).



Fig. 5. Muro de una vivienda con hiladas de adobe retranqueadas alternas, exhumado en las excavaciones de 2003 (fotografía de Manuel Retuerce).

morillo (Seco y Treceño, 1995: 227), que podría tener su correlato en la Casa V exhumada en las excavaciones efectuadas en 1989-1990 en El Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 171, láms. IV y V); o los mismos bancos corridos adosados al interior de algunas paredes, nos brindan una imagen del conjunto de instalaciones domésticas que rodeaban la vida cotidiana de las familias de La Mota y tantos otros poblados de la *fase de plenitud* del mundo de Soto.

Las hasta ahora documentadas son viviendas de planta cuadrangular en su mayoría, de un único espacio que, por otra parte, es de dimensiones ciertamente reducidas (figs. 4 y 5). Poseen hogar central para cocinar y como fuente de calor; pisos de tierra o arcilla prensada, a los que hemos de añadir como tercer tipo de suelo, aunque registrado sólo en las excavaciones de 2003, pavimentos de adobes (Blanco y Retuerce, 2010: 78, zona inf. de la planimetría), similares a los que se tienen documentados en El Soto, Benavente o el salmantino cerro de San Vicente, por ejemplo. Las puertas de entrada suelen estar flanqueadas por dos gruesos postes de madera, a modo de jambas, que en un caso concreto, de nuevo advertido en dichas excavaciones, parece estuvo protegida por un poco profundo pórtico formado por la prolongación de las paredes del lado largo de la estancia. Finalmente, de las estructuras de cubrición poco podemos decir por la falta de datos seguros, pero es de suponer que fueran a dos aguas en unos casos, con caída hacia un solo

lado en otros y cónicas las construcciones de planta circular que, con carácter residual, pudieran haber existido.

Que algunas de esas familias medinenses pudieron dedicarse a actividades metalúrgicas, al igual que se ha podido comprobar en otros establecimientos soteños, nos lo podrían estar indicando ciertas evidencias recuperadas ya en las excavaciones de 1982 (García y Urteaga, 1985: 121), así como otras obtenidas en el nivel VII del cuadro P9, excavado en 1993. En este último se documentaron vertidos que los excavadores pusieron en relación con un posible taller metalúrgico, al haberse recuperado en ellos fragmentos de al menos seis crisoles en cuyas superficies interiores quedaban restos adheridos de coladas de bronce y de hierro, y en sus inmediaciones fragmentos de escorias así como diversos objetos metálicos, unos fragmentarios y otros completos (Seco y Treceño, 1995: 233). Es decir, todo un conjunto de evidencias relativas a una parte de la cadena operativa, pero muy significativa, que, sin embargo, no a todos les parecen suficientemente demostrativas de la existencia de prácticas metalúrgicas locales (Arnáiz, 2017: 95), ante lo cual no está demás recordar que en la misma situación se encuentran otros poblados del Primer Hierro meseteño —como Zorita, Saldaña, Sacaos, Benavente o el mismo Soto de Medinilla, por ejemplo— y, sin embargo, no se duda de que en ellos se estuvieron fabricando objetos metálicos (Delibes *et al.*, 1995c: 70).



Fig. 6. Sección transversal del doble foso (o foso de dos senos) que protegía el flanco oriental del poblado, cortado en su centro por el de época de los Reyes Católicos (fotografía de Manuel Retuerce).

Cultura material indígena e importaciones del sur peninsular: el surgimiento de una élite gobernante

Para los más destacados poblados soteños situados al sur del Duero, como Cuéllar, Cauca o La Mota, la segunda mitad del siglo VII a. C. fue una época de cambios que podemos detectar a través de la presencia de materiales de prestigio foráneos, de los cuales deducimos la llegada a la sociedad tradicional soteña de nuevos comportamientos. Y es que en estos enclaves empieza a registrarse todo un catálogo de elementos materiales originarios de ambientes influidos por los colonizadores fenicios, que sin duda hemos de poner en relación con unas élites locales emergentes que se encuentran inmersas en un proceso de acumulación de riqueza y poder en sus respectivas comunidades (Blanco, 2014). Son grupos minoritarios que están incorporando a sus vidas, como marcadores de alto estatus y elementos de distanciamiento social, nuevas formas de vestir, de adornarse y de pensar, dado que parte de los *items* están relacionados con el mundo de las ideas y las prácticas religiosas propias del mundo mediterráneo. Y es que determinados objetos, como el jarro tartésico de Cauca —entre otras piezas bronceas orientalizantes halladas en ese lugar—, o la clepsidra de Cuéllar con boca de piel de toro ex-

tendida (Barrio, 2002: 94-96, fig. 11), es evidente que no eran nada sin la información asociada de su uso ritual y sin la importancia social que otorgaba a sus poseedores. En el caso concreto de La Mota, que es el núcleo que aquí nos interesa, este enclave ha constituido todo un hito en el conocimiento de la llegada de influencias culturales del mediodía peninsular a las poblaciones soteñas del valle medio del Duero en su sector campiñés, debido no sólo al volumen de materiales indicativos de tal hecho, sino también a su diversidad. Además de en los materiales metálicos, es en los cerámicos donde mejor se materializan, al menos la parte tangible de dichas influencias, y entre ellas, las cerámicas pintadas postcocción y precocción tienen un significado especial, junto a otros elementos documentados como la llegada del asno, traído a la península por los fenicios; las más antiguas fíbulas de doble resorte, de puente filiforme; los primeros cuchillos de hierro de hoja curva; los fragmentos de conchas de *Heraplex trunculus*, molusco productor de púrpura relacionado con el teñido de piezas textiles (Delibes *et al.*, 1995b: 150); o los objetos de pasta vítrea: dos cuentas de collar halladas en el cuadro P6 y el fragmento de ungüentario policromo recuperado en el cuadro C de 1988 (Seco y Treceño, 1993: 137; 1995: 234, fig. 9), materiales estos últimos que quizá habría que llevar al siglo V a. C. o inicios del IV, más



Fig. 7. Vaso bitroncocónico policromo de estilo Medellín, recuperado en el cuadro C de las excavaciones de 1988-1989 (fotografía del Museo de Valladolid).

que al VI, como se ha propuesto. Y a esas fechas quizá habría que llevar también cierto vasito de superficies finamente bruñidas que parece estar imitando el ungüentario de pasta vítrea (fig. 11: 6) y que quizá sirviese también como contenedor de aceites perfumados, aunque carecemos por completo de análisis de residuos.

Respecto a los recipientes decorados con pintura postcocción de estilo Medellín, el conocido vaso bitroncocónico de pasta clara barrocarmente pintado que fue recuperado sobre el pavimento de una vivienda del nivel IV exhumada en el cuadro C de la campaña de 1988-1989 (Seco y Treceño, 1993: 156-159, fig. 14) (figs. 7 y 8: 1), aun siendo una de las formas soteñas más características y comunes en los más destacados yacimientos del Duero medio, en La Mota es particularmente abundante. Decimos esto porque fragmentos de ejemplares pertenecientes a vasos similares a este, con decoraciones igualmente complejas distribuidas simétricamente en frisos bicromos o policromos, se han hallado varios más en otros puntos del cerro (*id.*, 1993: 142, fig. 4: 8; Blanco, 2019: 194-195, fig. 13: 2-6) (fig. 8: 3-6), todo ello fechado en torno a mediados del siglo V a. C., momento en el que ya hacía décadas que habían dejado de fabricarse las cerámicas de estilo Medellín en Extremadura. Este es un dato interesante porque nos está indicando la fuerza con la que arraigó y perduró en el tiempo este tipo de decoraciones entre las poblaciones soteñas de las campiñas meridionales del Duero, hecho que

se ve reforzado por otro vaso excepcional de idéntica morfología, como es el policromo del poblado II de Cuéllar, cuya fecha de fabricación y uso se estima en los inicios de la referida centuria (Barrio, 1993: 190, fig. 10), y algún que otro fragmento segoviano más, aún inédito. Por otro lado, y volviendo a La Mota, se da la circunstancia de que los nuevos fragmentos recuperados en las excavaciones de 2003 proceden de tres espacios habitacionales vecinos pero diferentes, a los que hemos de añadir nueve fragmentos muy interesantes pertenecientes a recipientes fabricados ya a torno, originarios del suroeste peninsular, decorados con motivos orientalizantes pintados antes de la cocción. A seis de ellos se refieren Seco y Treceño en dos ocasiones (1993: 165; 1995: 242), quienes en la publicación de 1995 los califican de «peculiares», si bien en ninguna de ellas los documentan gráficamente; y otros tres aparecieron en las excavaciones de 2003 (fig. 9), a los que nosotros mismos les dedicamos un par de páginas por el manifiesto interés que poseen (Blanco, 2019: 198-199, fig. 15), ya que hasta ahora, de los muchos poblados soteños de la *etapa de plenitud* que tenemos registrados en el centro del Duero, sólo están presentes en La Mota. O, al menos, sólo se han podido identificar aquí.

Como en otro lugar hemos expresado, todo esto podría estar indicándonos que, al ser materiales de prestigio, marcadores de alto estatus social, quizá fuese en esa parte central del poblado situada en la explanada que hay justamente delante de la puerta del castillo, tan cercana a las viviendas documentadas en los cuadros C y D de las excavaciones de 1988-1989, donde residieran las familias más pudientes del enclave vallisoletano, si bien somos conscientes de que necesitamos un volumen mayor de materiales y más diversos (sobre todo metálicos) para dotar de solidez a esta idea.

No sólo en cuanto a las especies cerámicas decoradas con pinturas postcocción y a las primeras torneadas importadas desde zonas ibéricas La Mota se ha manifestado como poblado soteño clave para entenderlas en un contexto de progresiva jerarquización social, sino también, pero ahora en términos crono-culturales, en lo referente al origen y difusión por el Duero medio de la cerámica con decoración a peine, inciso (fig. 10) e impreso. La presencia de algunos fragmentos soteños decorados con peine inciso en el nivel VIII del cuadro D, fechado en momentos tan antiguos como los finales del siglo VII a. C. (Seco y Treceño, 1993: 139, fig. 3: 13), coloca al poblado medinense a la misma altura, en cuanto a interés, que Sanchorreja, el cerro de San Vicente o Ledesma, con el añadido de que debió de tener un protagonismo especial en el surgimiento de la moda del peine impreso —que hace acto de presencia en el nivel IV del citado cuadro (Seco y Treceño, 1993: 143)—, tan extendida por las regiones campiñasas en los siglos IV, III y parte del II a. C.

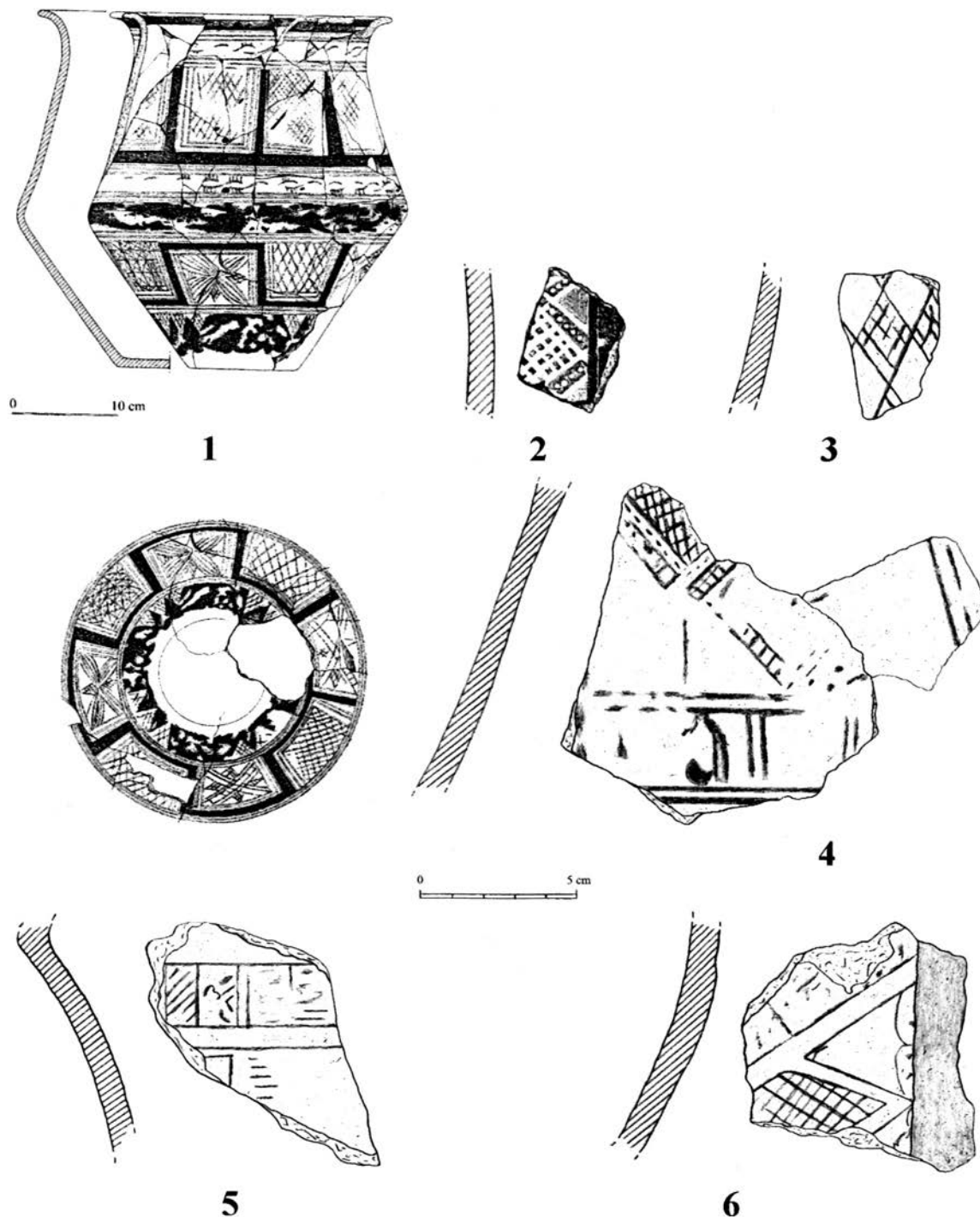


Fig. 8. 1 y 2, vaso bitroncocónico y fragmento, respectivamente, decorados con pinturas policromas de estilo Medellín (Seco y Treceño, 1993); 3-6, fragmentos de vasos bitroncocónicos decorados con pinturas de estilo Medellín, recuperados en las excavaciones de 2003 (dibujos del autor).

Los materiales de inicios de la Segunda Edad del Hierro (ss. V y IV a. C.) y la cuestión del abandono del cerro

A pesar de que en el cuadro C de la campaña de 1988-1989, practicado en la ladera norte del foso del castillo, junto a la muralla de la villa medieval, se registraron hasta ocho fases de ocupación prehistó-

rica, se intuye que debieron de existir algunas más. Que no constituyen la secuencia completa del poblado soteño, y que las pertenecientes a los momentos finales de la ocupación, lo que sería el techo de la secuencia protohistórica, han quedado destruidas por las construcciones y remociones de épocas posteriores, sobre todo las de tiempos medievales. Más que una sospecha, esta idea encuentra refrendo en

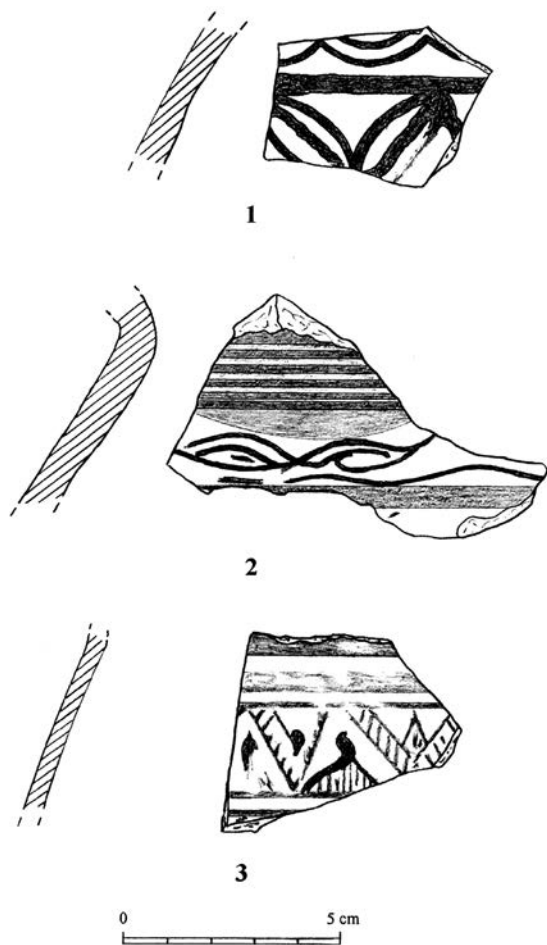


Fig. 9. Fragmentos de cerámica a torno importada del sur peninsular, de los siglos VI-V a. C., con motivos pintados en rojo sobre base de pintura amarilla, típicamente orientalizantes, hallados en las excavaciones de 2003. 1, motivo foliáceo o parte superior de una flor tetrapétala; 2, tallos entrelazados y hojas lanceoladas; 3, esquemáticas flores de loto abiertas alternando con motivos también vegetales de forma triangular rellenos de líneas paralelas verticales y vértice flamígero (dibujos del autor).

el hecho de que en el nivel III del cuadro D, excavado en 1990 también por M. Seco y F. Treceño, prácticamente desaparecen ya las cerámicas a torno importadas de las regiones ibéricas y son remplazadas por las que ellos denominan «de tipo celtibérico» (Seco y Treceño, 1993: 166-170; 1995: 223): anaranjadas con decoración pintada que los autores interpretan como posible producción local ya —o de algún alfar situado en la comarca—, con lo que, hablando en términos autoctonistas, se trataría de especies propiamente vacceas; así como grises de superficies bruñidas, en este caso consideradas de influencia fenicio-púnica, y a las cuales nosotros venimos denominando desde hace años grises vacceas antiguas, del siglo IV a. C. (Blanco, 2010: 279-280, fig. 27), en virtud de que ya son producciones locales —algunas recuperadas también en las excavaciones de 2003 (fig. 11: 8-10)—, pero en las que, efectivamente, por morfología y tipos de acabados, presentan claras influencias medi-

terráneas, ya que derivan de las grises bruñidas de época orientalizante, tan comunes y abundantes en todo el sur peninsular así como en los más destacados enclaves de la desembocadura de los ríos Tajo y Sado, como, por ejemplo, el de Alcáçova de Santarém (Arruda, 1999-2000: 196-205). Todo esto viene a significar que es muy posible que en algunas zonas del cerro aún queden restos arquitectónicos testimoniales pero bien conservados de estos niveles iniciales de la Segunda Edad del Hierro, y es en ellos donde habría que buscar pistas para tratar de responder a la pregunta de por qué se abandonó el enclave en cierto momento de dicho siglo IV a. C., como se viene comprobando una y otra vez. En los lugares en los que se ha intervenido hasta ahora los materiales del siglo IV a. C. han representado un porcentaje muy bajo en comparación con los del Hierro I. En las excavaciones varias veces referidas de 2003, por ejemplo, de los 3177 fragmentos de cerámica que inventariamos, y dejando al margen unos pocos de TSHT de los siglos IV y V d. C. así como algunos medievales, sólo 43 eran cerámicas vacceas a torno, en su mayoría de pastas anaranjadas y con decoraciones geométricas en pintura roja o negra. A tan escasos materiales de la cuarta centuria antes de Jesucristo tendríamos que sumar varias decenas de fragmentos también a torno pero no inventariables y un número indeterminado de trozos pertenecientes a vasos fabricados a mano con decoración a peine que serían coetáneos de los torneados pero imposibles de aislar respecto de los que se estuvieron modelando en los siglos VI y V a. C.

Antes de adentrarnos en los momentos finales de la ocupación prehistórica del cerro creemos conveniente detenernos en esas especies cerámicas más modernas, ya que, por ahora, son las que nos los están marcando.

Empezando por las últimas referidas, por la cerámica a mano con decoración a peine, en los finales del siglo V y en el IV a. C. es más abundante que en los momentos anteriores, algo que se ha observado no solamente en La Mota, sino también en otros importantes poblados que han sido objeto de numerosas excavaciones, como Simancas, Rauda, Cuéllar o Cauca, en los que, por cierto, en el siglo III a. C. se mantiene un nivel de producción y consumo bastante alto. Y no sólo esto: en la cuarta y tercera centurias asistimos en el Duero medio a un proceso de barroquización de las decoraciones con peine inciso y a un amplio uso del impreso, que en muchas ocasiones se suelen acompañar de otros elementos decorativos tales como anchas acanaladuras, cazoletas hemisféricas u oblongas, protuberancias ovaladas o circulares, gallones, motivos estampados de ánades, ovas, círculos concéntricos, rosetas, etc. En las secuencias estratigráficas más completas de La Mota se ha podido observar cómo el peine impreso aparece tímidamente en los niveles arqueológicos más modernos: el IV y el III del cuadro D, por ejemplo. Es decir, en mo-

mentos en los que ya estaba sólidamente asentado desde hacía décadas el inciso (Seco y Treceño, 1993: 159; Seco, 1993: 217), pero su escasa presencia, así como la mínima representación que adquieren tanto esos otros elementos decorativos que acabamos de relacionar, como los motivos estampados, apuntan al hecho de que es en la fase inicial de la moda de las decoraciones impresas en el Duero medio cuando el cerro queda deshabitado. Una fase en la que se ubicarían también las cerámicas inciso-impresas de Olivares de Duero (Seco, 1993), las más antiguas tanto de Las Quintanas/Pintia (Gómez y Sanz, 1993: 352, fig. 7) como de su necrópolis de Las Ruedas (Sanz, 1997: 251-261; 1999) las más antiguas también tanto de Cauca (Blanco, 2023: fig. 4: 25 y fig. 8: 8 y 10) como del cerro Cuesta del Mercado (Blanco, 1994: 52, fig. 7), o las del poblado III de Cuéllar (Barrio, 1993: 197), entre otros lugares significativos.

Durante muchas décadas, los recipientes de elaboración manual, tanto lisos como decorados con peine inciso, estuvieron coexistiendo con los primeros fabricados a torno que los medinenses de la Edad del Hierro conocen: productos foráneos, importados desde diversas zonas del levante peninsular ibérico (Valencia, Alicante, Murcia...), que llegaban por vías que atravesaban territorios de las actuales provincias de Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara, Toledo y Madrid. En sus lugares de origen estos recipientes se están fabricando durante el *Ibérico Antiguo* y la primera fase del *Ibérico Pleno*, entre el 600/580 y el 450/425 a. C. Prácticamente, en todos los sondeos realizados en La Mota se han recuperado fragmentos de los mismos, pero por constituir un tipo de producción bien caracterizado tanto desde el punto de vista tecnológico como tipológico y decorativo, además de ampliamente documentado en numerosos yacimientos ubicados desde la misma línea del Duero hasta el piedemonte septentrional del sistema Central —Matapozuelos, Cuéllar, Pico Torre en Vallelado, Cauca, Cuesta del Mercado, Ayllón, castros de Montejo de la Vega, Rauda o Adrada de Haza, entre otros (Sacristán, 1986b; Escudero y Sanz, 1999; Blanco, 2003: 76-80, fig. 13; 2006: 431-439, fig. 40; 2018: 39-40, fig. 2.12 y 51, figs. 2.20 y 2.21)—, no creemos necesario dedicarles aquí una atención especial más allá de subrayar la gran aceptación que tuvieron tanto por sí mismos, al ser productos exóticos, tan diferentes de las tradicionales cerámicas a mano que llevaban siglos fabricando, como por las mercancías que sin duda debieron de contener, sobre todo los vasos cerrados de tipo tinajilla, pero que desconocemos por completo ante la falta de análisis de residuos.

Para los propósitos que en este trabajo perseguimos, sí nos interesan, sin embargo, aquellos otros recipientes a torno que, solapándose con las últimas importaciones a las que nos acabamos de referir, se fabricaron ya localmente en varios de los poblados vacceos citados más arriba —y es posible que tam-

bién en La Mota (figs. 11: 7 y 11-13)—, aunque desconozcamos en qué puntos concretos de los mismos se ubicaron los alfares, pero a los que sin el menor reparo cabe calificar de propiamente vacceos. Son los que, y como hemos avanzado al inicio de este epígrafe, M. Seco y F. Treceño (1993: 166-168) estudian bajo la etiqueta *cerámicas de pastas rosáceo-anaranjadas y de pastas grises*. Constituyen dos tipos de producciones que nos resultan particularmente bien conocidas tanto en Cauca como en su barrio extramuros de Cuesta del Mercado porque en ambos se han recuperado decenas de fragmentos pertenecientes a multitud de vasos, sobre todo bordes y galbos de tinajillas de tamaño medio, cocidas en atmósferas oxidantes y, en consecuencia, de pastas anaranjadas (Blanco, 1994: 57, fig. 12: 1-8). Desde los años ochenta del pasado siglo teníamos la certeza de que estas vasijas marcaban los comienzos de la Segunda Edad del Hierro porque no eran más que la versión local —caucense en nuestro caso— de las tinajillas ibéricas decoradas con pinturas rojas vinosas y que seguramente los finales de estas últimas se solaparon cronológicamente con las iniciales ya vacceas. Bordes con sección en forma de cabeza de ánade en la mayor parte de los casos, a veces con uñada, pero en otros, los menos, del tipo “palo de golf”; cuellos cortos, tanto troncocónicos como cilíndricos, a veces con arista o suave baquetón que sirven de separación respecto del cuerpo globular/piriforme; y generalmente embadurnadas sus superficies externas con unas pinturas marronáceas y negruzcas aplicadas de forma bastante descuidada que en alguna ocasión han sido interpretadas como engobes, pero que no lo son. A todo esto hemos de añadir tres circunstancias que afianzaban nuestras sospechas de que estábamos ante los primeros ensayos de producción local: en algunos bordes y galbos se observaban pequeños defectos de cocción, como burbujas sin estallar, o mostraban estar algo pasados de horno; a veces la circunferencia que describe el borde muestra algo de inclinación respecto al plano horizontal que consiguen los alfareros experimentados; y, en tercer lugar, en los fragmentos pertenecientes a vasos de grandes dimensiones se advertían asimetrías, así como sensibles diferencias en el grosor de la pasta de una zona de la pared a la opuesta de su misma altura. Todo esto no hacía más que indicar un estadio de experimentación y aprendizaje del arte alfarero, como también de manera acertada se ha interpretado en La Mota ante especies cerámicas anaranjadas similares (Seco y Treceño, 1993: 166, fig. 12: 1-5). Un arte alfarero que iba dejando atrás el sistema de producción doméstico característico de la cerámica soteña y se adentraba en la “industrialización”, la especialización y la profesionalización del artesano ceramista. Más de tres décadas han transcurrido, y el tiempo no ha hecho más que reforzar la idea de que estábamos en lo cierto al identificar estas producciones como las vacceas a torno más antiguas, de coc-



Fig. 10. Fragmento de cuenco de cerámica a mano, decorado con peine inciso, de los siglos VI-V a. C., recuperado en las excavaciones de 2003 (fotografía del autor).

ción oxidante, que se remontarían hasta finales del siglo V o inicios del IV a. C.

Y por lo que a las grises torneadas se refiere, tanto en La Mota como en el binomio Cauca/Cuesta del Mercado, constituyen un grupo minoritario en comparación con las de pastas anaranjadas, no sólo en términos cuantitativos —menos fragmentos y, por tanto, menos vasos—, sino también formales. Ahora bien, bastante coincidente, puesto que se trata de cuencos con bordes a veces engrosados, algunos platos, algún caliciforme con o sin baquetón, todo ello de un gris muy homogéneo y unas superficies alisadas con tanto esmero que a veces se consiguen buenos bruñidos (fig. 11: 8-10). En este tipo de recipientes, siendo contemporáneos de los anaranjados, no se observa, sin embargo, ninguno de esos indicativos de una alfarería en la que sus operarios, presumiblemente locales, estén inmersos en un proceso de aprendizaje con el torno y el horno bicameral de alta temperatura. No se constatan defectos de cocción en los fragmentos y vasos recuperados, tampoco exceso de calor, falta de horizontalidad por no haberse conseguido suficiente velocidad rotatoria del torno, etc. Puede que, en parte, esto se pueda achacar a que la muestra es mucho más reducida que la que tenemos de vasos de cocción oxidante, en la proporción de 1 a 20/25, nada menos, pero la explicación podría estar también en que al pertenecer la mayoría de los fragmentos grises a vasos de reducido tamaño (cuencos, platitos, pequeños caliciformes...), las posibilidades de cometer errores en el torneado se reducen, aunque no las de errar en el proceso de cocción.

Dicho esto, y volviendo al tema central del trabajo, no hay duda de que el IV a. C. fue un siglo clave en el que las grandes aldeas soteñas, situadas en lugares estratégicos bien defendibles de manera natural y bien comunicados, como lo era la de La Mota, empezaron a crecer de manera exponencial para acabar

por convertirse en populosas ciudades vacceas. Los aldeanos soteños de La Mota, a la sazón *vacceos anti-guos*, tenían todo a su favor para, como ocurrió en los más importantes enclaves del grupo Soto del centro del valle del Duero, convertir su poblado en una importante ciudad vaccea más, y no sólo por residir en un paraje privilegiado, sino también por disponer de un territorio rural idóneo para el desarrollo de la agricultura cerealista de secano característicamente vaccea —a pesar de las escasas evidencias relacionadas con las actividades agrícolas que registran los análisis polínicos efectuados (Delibes *et al.*, 1995a: 573), lo cual puede ser puramente circunstancial—, y terrenos de pastos cercanos a abundantes masas forestales —como, ahora sí, muestran los análisis polínicos y antracológicos (Yll, 1995; Uzquiano, 1995; Delibes *et al.*, 1995a: 565)—, sin olvidar que se encontraban tan alejados de importantes núcleos que también estaban en proceso de convertirse en grandes ciudades vacceas, como Septimanca o Cauca, que en absoluto entraban en competencia por los recursos con los habitantes de esos núcleos. Sin embargo, por causas que aún desconocemos, eso no ocurrió. No se transformó en gran ciudad vaccea. Establecer las causas por las que se abandona el cerro constituye todo un reto que debe motivar poderosamente la realización de futuras investigaciones arqueológicas.

En este sentido, y habida cuenta el hecho de que todas las grandes ciudades vacceas se sitúan junto a caudalosos cursos fluviales, quizá el río Zapardiel, y menos aún el arroyo Adajuela, no garantizase el abastecimiento de agua necesario para el desarrollo de un gran núcleo poblacional y esta pudo haber sido una de las causas por las que no se produce el salto de gran aldea a ciudad. Ya Seco y Treceño (1995: 220-221) apuntaron en su día cómo Medina del Campo se encuentra situada en la zona vallisoletana con más bajo índice de pluviosidad anual (por debajo de los 400 mm, actualmente), y aunque algunos indicadores muestran que las lluvias fueron más abundantes en la Edad del Hierro que en la actualidad (Calonge, 1995: 530-532), lo que se traduce en que los cursos fluviales eran más caudalosos —aunque también más irregulares—, intuyen que el Zapardiel no debió de llevar un volumen importante de agua. Pero claro, esto explicaría sólo la imposibilidad de crecer como núcleo poblacional hasta convertirse en ciudad, no su abandono, porque si fue una próspera aldea soteña durante siglos, perfectamente podía haber tenido continuidad como enclave de rango inferior al ciudadano durante la Segunda Edad del Hierro, de modestas dimensiones, como ocurrió, por ejemplo, en Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid) (Bellido y Cruz, 1993).

Por tanto, deberíamos buscar otras posibles causas, que podrían ser de muy diversa índole: sociales, político-militares, demográficas, económicas, medioambientales o simplemente accidentales. Respecto a la primera de las enunciadas, nada podemos

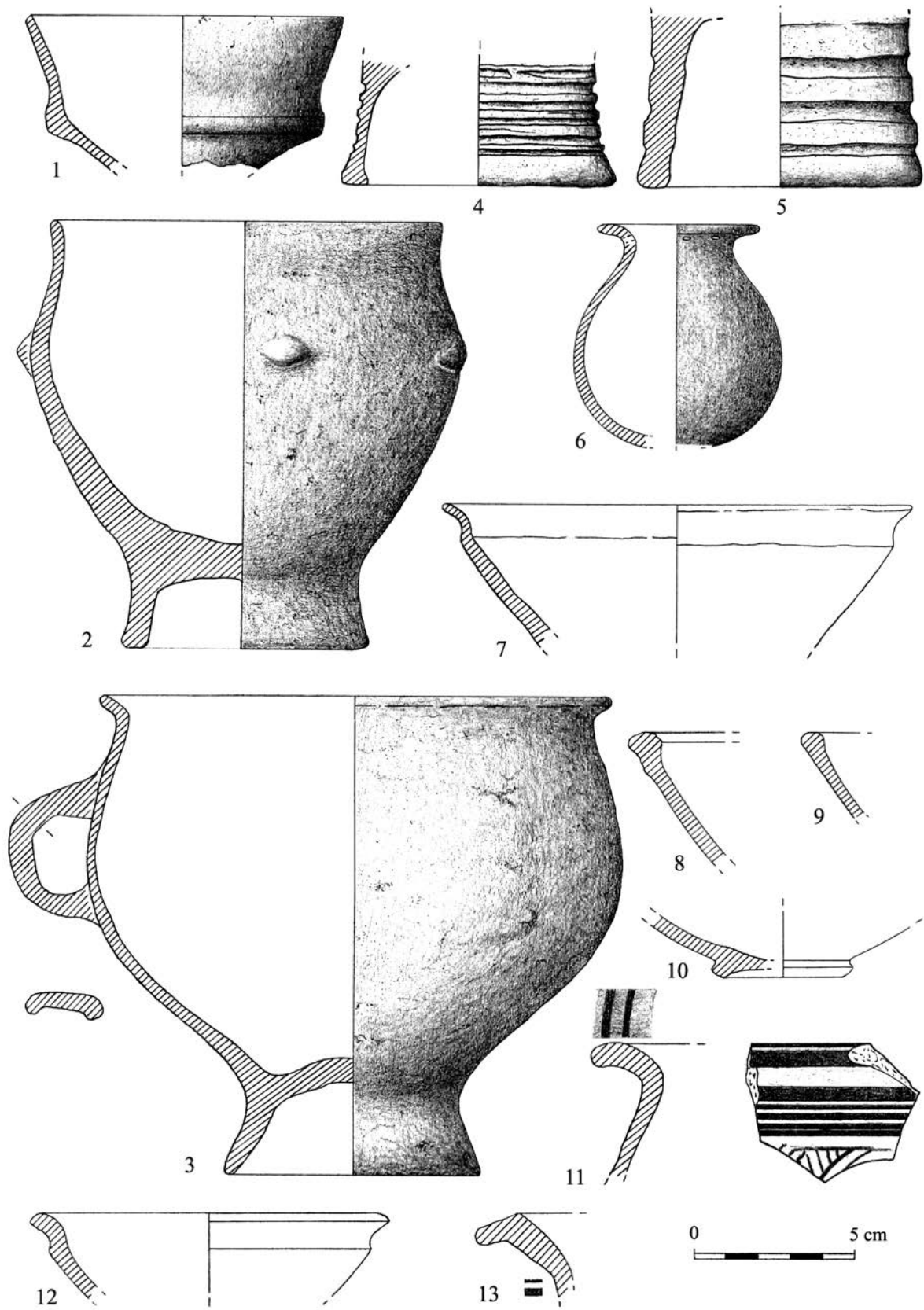


Fig. 11. Selección de cerámicas obtenidas en la campaña de 2003. Hechas a mano: 1, vaso con carena y hombro, finamente bruñido; 2, vaso globular con mamelones prismáticos y pie realzado; 3, vaso globular con asa de sección de cinta y pie realzado; 4-5, pies realzados con decoración de molduras; 6, vaso de cuerpo globular, con dos pares de perforaciones bajo el borde. Hechas a torno (características del siglo IV a. C.): 7, escudilla de pasta anaranjada, vaccea, fabricada con torno lento; 8-9, páteras de cerámica gris vaccea con sus bordes engrosados; 10, base anular de cerámica gris vaccea; 11, borde de tinajilla vaccea de pasta anaranjada, sección en forma de "palo de golf", decorado con pintura roja y anaranjada; 12, plato de pasta anaranjada, vacceo; 13, borde de tinajilla de pasta anaranjada, vaccea (dibujos del autor).

decir al respecto, más allá de que existe la posibilidad, al menos teórica, de que al estar la incipiente élite gobernante de La Mota en pleno proceso de consolidación y distanciamiento social respecto del resto de la población —como nos lo están indicando los materiales de prestigio importados de las regiones mediterráneas—, quizá se produjesen tensiones internas que hubiesen hecho inviable la convivencia de la comunidad allí establecida.

Igual de complicado resulta tratar de identificar posibles causas político-militares que expliquen el despoblamiento del cerro. Sólo con datos arqueológicos claros de los niveles de abandono podrían proponerse, a pesar de lo cual, el mismo hecho de que el poblado dispusiera de dos fosos paralelos, al menos en el sector donde se han identificado (Blanco y Retuerce, 2010: 77) (fig. 6), algo hasta ahora insólito en los poblados soteños (Romero, Misiego y Marcos, 2015), indica que su población se sentía seriamente amenazada. Más aún si consideramos que, al parecer, no se excavaron simultáneamente, sino que el poblado en un primer momento, imposible de concretar, dispuso de un único foso y posteriormente se excavó el segundo (Retuerce y Sáez, 2002: 17-18), lo cual podría significar que la inseguridad fue en aumento a lo largo de los siglos VI-V a. C.

En cuanto a posibles razones demográficas, si por un momento reparamos en cómo en las décadas finales de la Primera Edad del Hierro se está produciendo un proceso de concentración poblacional en torno a algunos enclaves importantes como se observa, por ejemplo, en Las Quintanas de Valoria la Buena (San Miguel, 1995: 320), Cauca o Cuéllar, de manera que se abandonan los pequeños establecimientos temporales soteños que existieron en sus alrededores para, presumiblemente, trasladarse sus habitantes a núcleos con mejores condiciones defensivas y económicas (Blanco, 2018: 59-61, fig. 2.27), y tratamos de ver si pudo haber ocurrido algo parecido en el territorio de La Mota, observamos que al ser escasísimas en él las alquerías soteñas seguras de la *fase de plenitud* (Quintana y Cruz, 1996: tabla 2, fig. 9; Blanco, 2009: figs. 63-66; Blanco, 2018: fig. 2.26), pocas posibilidades (o ninguna) tuvo de crecer a expensas de la captación de gentes dispersas por su comarca, con lo que la única forma de hacerlo sería a través del crecimiento interior, vegetativo, que por diversas razones podría haber sido de ritmo lento en comparación con otras ciudades vacceas emergentes y a la postre resultar imposible llegar a transformarse en núcleo poblacional de primer orden. Aunque, de nuevo, y como ya hemos señalado al referirnos a la cuestión del agua, podría haber tenido continuidad como una modesta aldea más allá del siglo IV a. C.

Por tratar de cubrir todas las posibilidades, pudo producirse también algún episodio, más o menos dilatado en el tiempo, relacionado con la insalubridad derivada de la existencia de esa amplia super-

ficie de terrenos pantanosos, de charcas, lavajos y pequeñas lagunas, que se sitúa alrededor del cerro (Seco y Treceño, 1995: 240). Quizá, por razones climatológicas, se convirtieran estos humedales en un foco de enfermedades que aconsejara trasladarse a otro lugar más sano, aunque hemos de reconocer la debilidad de este argumento para explicar el abandono del cerro, pues las mismas circunstancias tenemos constatadas en los entornos de otros poblados soteños coetáneos de la fase final de La Mota y, sin embargo, sí tuvieron continuidad, como bien pueden servir de ejemplos Rauda (Sacristán, 1986a: 21, fig. 2), el barrio satélite caucense de Cuesta del Mercado, rodeado de un cinturón lacustre pantanoso (Blanco, 1994: 39, fig. 2), Tiedra (Sanz y Sobrino, 2013: 26) o *La Ciudad*, de Paredes de Nava (Abarquero, Gutiérrez y Pérez, 2018: 77, fig. 3). Muchas de las lagunas del entorno de estas y otras ciudades vacceas, sobre todo de aquellas que tuvieron continuidad habitacional hasta la época actual, fueron desecadas a finales del siglo XIX y comienzos del XX precisamente por razones de salud pública. En Pintia, por ejemplo, aunque no es un caso exactamente igual que los citados en un doble sentido, pues, en primer lugar, sobre su caserío vacceo-romano no existe población actual y, en segundo lugar, salvo que se confirmen las sospechas de C. Sanz de que en cierto sector del enclave pudo haber existido una pequeña aldea soteña, fundacional (Sanz *et al.*, 2023: 209), coetánea de la existente en La Loma de Pesquera de Duero, buena parte de su flanco meridional externo al trazado de los fosos defensivos fueron terrenos pantanosos (Sanz *et al.*, 2003: 60), pero estos no impidieron la formación de tan destacada ciudad vaccea.

Desde el punto de vista económico, la imagen que da la aldea soteña de La Mota, a través de los datos obtenidos en las excavaciones arqueológicas, es la de una comunidad que explota su entorno natural de manera eficiente y exitosa, con la generación de importantes excedentes, pues de otro modo no se podría explicar la cantidad y variedad de *items* de importación meridional que ha venido rindiendo a lo largo de los años, y que apuntan, sin duda, a la existencia de una clase dirigente que es no sólo la que más tierras y ganado debió de poseer, sino también la principal beneficiaria de la gestión de los excedentes generados por el resto de productores. A pesar de tan sólidas bases —que son prácticamente las mismas que existían en destacadas aldeas soteñas próximas como Cuéllar o Cauca—, puede que ni esa élite social ni el conjunto de la comunidad fuesen capaces de dar el salto hacia la creación de una estructura económica de mayor envergadura, de alcanzar la complejidad económica necesaria para sustentar una población ya de rango urbano, ciudadano. La agricultura y la ganadería fueron, sin duda, sus principales fuentes de riqueza, como las de cualquier otra macroaldea soteña, pero resulta extraño que siendo la segunda mitad

del siglo V a. C. y la primera de la centuria siguiente la fase en la que se generaliza la metalurgia del hierro en el centro del valle del Duero, con el consiguiente incremento de la producción agrícola al fabricarse nuevas y más efectivas herramientas de labranza, el cerro de La Mota se abandone. De esta circunstancia quizá debiéramos deducir que en La Mota la causa principal de su abandono no fue la disminución de la productividad de sus campos.

Y aún deberíamos contemplar algún que otro posible hecho que pudo haber contribuido o provocado el abandono del poblado, de carácter accidental en este caso, como pudiera haber sido un incendio generalizado. Si consideramos que las viviendas de La Mota, como las del resto de poblados pertenecientes al grupo Soto, eran de barro y madera, cubiertas con una espesa capa de ramajes, los incendios eran habituales, al ser casas bajas y haber poca distancia desde la llama de los hogares hasta las maderas de la techumbre. Ante una hipotética situación como esta, pues nada hay por ahora que apunte en esa dirección, los últimos medinenses soteños sólo tendrían dos opciones: reconstruir sus casas para seguir viviendo allí o trasladarse a otro lugar. Reconstruir viviendas destruidas por el fuego formó parte de la vida de estas gentes, pero si, de haberse producido esta destrucción generalizada, se abandona el lugar, tuvieron que concurrir más circunstancias.

En fin, como puede verse, todo esto no son más que un cúmulo de conjeturas que invitan a la reflexión y cuya intención no es otra que la de plantear algunas de las muchas preguntas que los futuros excavadores de La Mota deben llevar en mente para interrogar al yacimiento. Ninguna de las posibles causas esgrimidas es excluyente de las demás. Puede que el cerro se despoblase no por una única causa, sino por la conjunción de varias, internas unas y externas otras, que podrían haber coincidido en un corto espacio de tiempo dentro de la primera mitad del siglo IV a. C., quedando como una tarea más para resolver en futuras excavaciones la de concretar el lapso de tiempo aproximado en el que esto ocurrió. Si se produjo un abandono lento y progresivo, o bien fue un proceso rápido, traumático o no. Para dar solución a este problema tendríamos que acceder, como más arriba hemos dicho, a restos bien conservados de los niveles de abandono en varios puntos del enclave, y aun así, puede que no fueran todo lo clarificadores que necesitaríamos.

Por otra parte, y con esto vamos terminando, hay un aspecto de la vida en el poblado de La Mota sobre el que hasta ahora nada se sabe. Nos referimos al hecho de que si los materiales arqueológicos prerromanos más recientes recuperados nos conducen a bien entrado el siglo IV a. C., en esa centuria las emergentes ciudades vacceas ya disponen en sus inmediaciones de espacios funerarios. Por ahora desconocemos dónde depositarían los restos cre-

mados de sus difuntos los vacceos medinenses de comienzos del Hierro II, por lo que esta es una tarea más que tiene por delante la investigación del enclave protohistórico. Los únicos enterramientos que de momento se tienen registrados arqueológicamente son infantiles, de plena época soteña, documentados en el interior de algunas viviendas, pero es necesario orientar parte de la investigación futura hacia la localización del cementerio en el que se depositaban las urnas cinerarias de los adultos. Debido a lo escasamente que penetró en el Hierro II este poblado, es de esperar que la necrópolis —si no ha sido destruida y alguna vez se descubre y excava— sea de pequeñas dimensiones y con no muchas sepulturas, lo cual explicaría por qué aún no se ha localizado. No obstante, cabe la posibilidad de que en algún lugar externo al poblado de La Mota, pero cerca, queden restos de incineraciones incluso del siglo V a. C., como se pudo comprobar en 1993 en Los Azafranales de Cauca, al documentarse las urnas y los vasos de acompañamiento (todo fabricado a mano) pertenecientes a tres sepulturas situadas a unos ciento cincuenta metros del límite oriental del poblado soteño (Blanco, 2018: 44-47, figs. 2.15 y 2.16).

Bibliografía

- Abarquero Moras, F.J., Gutiérrez Pérez, J. y Pérez Rodríguez, F.J. (2018) "El yacimiento vacceo-romano de La Ciudad, Paredes de Nava, Palencia", en Sanz Mínguez, C. y Blanco García, J.F. (eds.) *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas: Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, pp. 75-92. <https://doi.org/10.69531/MSZF-5741-PNT>
- Arnáiz Alonso, M.Á. (2017) "La I Edad del Hierro en la cuenca media del Duero: Arquitectura doméstica y formas de poder político durante la *Facies Soto* (siglos IX-VII a. C.)", *Trabajos de Prehistoria*, 74(1), pp. 86-107. <https://doi.org/10.3989/tp.2017.12185>
- Arruda, A.M. (1999-2000) *Los fenicios en Portugal: Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a. C.)*. Barcelona: Carrera.
- Barrio Martín, J. (1993) "Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.) *Arqueología vaccea: Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 173-212.
- Barrio Martín, J. (2002) "El santuario de culto doméstico del poblado prerromano de Cuéllar (Segovia): Un análisis del contexto arqueológico y de los elementos rituales", *Madrid Mitteilungen*, 43, pp. 79-122.
- Bellido Blanco, A. y Cruz Sánchez, P.J. (1993) "Notas sobre el yacimiento protohistórico de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.) *Arqueología vaccea: Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 263-277.

- Benet Jordana, N., Jiménez, M.C. y Rodríguez, M.ª B. (1991) "Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: La excavación en la Plaza de San Martín", en Santonja Gómez, M. (coord.) *Del Paleolítico a la Historia [exposición]: Museo de Salamanca*. Valladolid: Consejería de Cultura y Bienestar Social.
- Blanco García, J.F. (1994) "El castro protohistórico de la Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21, pp. 35-80. <https://doi.org/10.15366/cu-pauam1994.21.002>
- Blanco García, J.F. (2003) *Cerámica histórica en la provincia de Segovia, I: Del Neolítico a época visigoda (V milenio-711 d. C.)*. Segovia: NRT Ediciones.
- Blanco García, J.F. (2006) *El primer milenio a. C. en la zona noroccidental de la provincia de Segovia: Hacia la formación de Cauca (Coca): (Siglos XI-V a. C.)*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Blanco García, J.F. (2010) "La cerámica vaccea", en Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.) *De la región vaccea a la arqueología vaccea*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, pp. 257-291. <https://doi.org/10.69531/ZN-DA-6878-PNTV>
- Blanco García, J.F. (2014) "Indicios arqueológicos de desigualdad social en los poblados de la fase de plenitud de la cultura del Soto de Medinilla (700-400 a. C.) situados en el centro de las campiñas meridionales del Duero", en *Homenaje a la profesora Catalina Galán Saulnier*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, pp. 87-100.
- Blanco García, J.F. (2018) *Cauca vaccea: Formación, desarrollo y romanización de una ciudad*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg. <https://doi.org/10.69531/UYAS-3854-PNTV>
- Blanco García, J.F. (2019) "La cerámica fabricada a mano con decoración pintada de la Primera Edad del Hierro en el valle del Duero", en Rodríguez González, E. y Celestino Pérez, S. (eds.) *Las cerámicas a mano pintadas postcocción de la península ibérica durante la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro*. Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida, pp. 161-211.
- Blanco García, J.F. (2023) "El proceso de crecimiento urbano de Cauca durante la Edad del Hierro (750/700 a. C.-cambio de Era)", *Vaccea Anuario*, 16, pp. 25-60. <https://doi.org/10.69531/GJGF-9829-PNTV>
- Blanco García, J.F. y Retuerce Velasco, M. (2010) "Últimas intervenciones arqueológicas en el cerro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid)", *Vaccea Anuario*, 3, pp. 77-79.
- Blanco González, A. (2009) *El poblamiento del Bronce Final y Primer Hierro en el sector meridional de la submeseta norte*. Tesis doctoral. Salamanca: Universidad de Salamanca. 3 vols. Vol. 1; vol. 2(1): Alto del Otero-Ermita; vol. 2(2): La Horca-Zapardiel.
- Calonge Cano, G. (1995) "Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero", en Delibes de Castro, G., Escudero Navarro, Z., Romero Carnicero, F. y Morales Muñiz, A. (coords.) *Arqueología y medio ambiente: El primer milenio a. C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 529-539.
- Celis Sánchez, J. (1993) "La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de 'Los Cuestos de la Estación', Benavente (Zamora)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.) *Arqueología vaccea: Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 93-132.
- Celis Sánchez, J. (2007) "En los límites noroccidentales del territorio vacceo", en Sanz Mínguez, C. y Romero Carnicero, F. (eds.) *En los extremos de la región vaccea*. León: Caja España, pp. 43-58.
- Del Olmo Martín, J. (2011) *Arqueología aérea en Castilla y León: Villas romanas, urbanismo celtibérico, edificación y urbanismo romano*. Valladolid: Aldebarán Ediciones.
- Delibes de Castro, G. y Romero Carnicero, F. (2011) "La plena colonización agraria del valle medio del Duero", *Complutum*, 22(2), pp. 49-94. https://doi.org/10.5209/rev_CMPL.2011.v22.n2.37727
- Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Escudero Navarro, Z., Sanz Mínguez, C. y San Miguel Maté, L.C. (1995) "El medio ambiente durante el primer milenio a. C. en el valle medio del Duero: Consideraciones finales", en Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F. y Morales Muñiz, A. (eds.) *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 543-582.
- Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Fernández Manzano, J., Ramírez Ramírez, M.L., Misiego Tejada, J.C. y Marcos Contreras, G.J. (1995a) "El tránsito Bronce Final-Primer Hierro en el Duero Medio: A propósito de las nuevas excavaciones en el Soto de Medinilla (Valladolid)", *Verdolay*, 7, pp. 145-158.
- Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Fernández Manzano, J. y Ramírez Ramírez, M.L. (1995b) "El poblado 'céltico' de El Soto de Medinilla (Valladolid): Sondeo estratigráfico de 1989-90", en Delibes de Castro, G., Escudero Navarro, Z., Romero Carnicero, F. y Morales Muñiz, A. (coords.) *Arqueología y medio ambiente: El primer milenio a. C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 149-177.
- Delibes de Castro, G., Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., Escudero Navarro, Z. y San Miguel Maté, L.C. (1995c) "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio", en Delibes de Castro, G., Escudero Navarro, Z., Romero Carnicero, F. y Morales Muñiz, A. (coords.) *Arqueología y medio ambiente: El primer milenio a. C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 47-146.
- Escudero Navarro, Z. y Sanz Mínguez, C. (1999) "Algunas reflexiones a propósito de la llegada del torno cerámico al valle medio del Duero", en Burillo Mozota, F. (coord.) *Economía: IV Simposio sobre los celtiberos*. Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, Institución Fernando el Católico, pp. 323-339.
- García Alonso, M. (1986-1987) "Aportaciones a la transición del Hierro I al Hierro II en el centro de la cuenca del Duero", *Zephyrus*, 39-40, pp. 103-109.
- García Alonso, M. y Urteaga Artigas, M.M. (1985) "La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 23, pp. 61-139.
- Gómez Pérez, A. y Sanz Mínguez, C. (1993) "El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro,

- Z. (eds.) *Arqueología vaccea: Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 335-370.
- López Ginestal, S. (2017) *Estudio y análisis de los fragmentos murales del poblado vacceo de la Plaza del Castillo de Cuéllar (Segovia): Propuesta de conservación y restauración*. Trabajo Fin de Máster. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Martín Valls, R. y Delibes de Castro, G. (1978) "Die hallstattzeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid)", *Madrid Mitteilungen*, 19, pp. 219-230. <https://doi.org/10.34780/2xd1-e76f>
- Misiego Tejeda, J.C., Marcos Contreras, G.J., Sanz García, F.J. y Martín Carbajo, M.Á. (2017) "Zorita-Las Quintanas, en Valoria la Buena: Un sorprendente complejo arqueológico de la Edad del Hierro en la vega del río Pisuerga", *Vaccea Anuario*, 10, pp. 12-20. <https://doi.org/10.69531/LBKM-2930-PNTV>
- Palol, P. de y Wattenberg, F. (1974) *Carta arqueológica de España: Valladolid*. Valladolid: Diputación de Valladolid, Servicio de Investigaciones Arqueológicas Provincial.
- Quintana López, J. y Cruz Sánchez, P.J. (1996) "Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta norte: (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)", *BSAA*, 62, pp. 9-78.
- Retuerce Velasco, M. y Saéz Lara, F. (2002) *Medina del Campo, Castillo de La Mota: Plan Director de Restauración: Saneamiento y recuperación de fosos, Segunda fase: Excavación y supervisión arqueológica 2001-2002*. Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Valladolid.
- Romero Carnicero, F., Misiego Tejeda, J.C. y Marcos Contreras, G.J. (2015) "La presencia de defensas en los poblados de la cultura del Soto: una evidencia cada vez menos excepcional", en Rodríguez Monterrubio, Ó., Portilla Casado, R., Sastre Blanco, J.C. y Fuentes Melgar, P. (coords.) *Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos, pp. 547-564.
- Sacristán de Lama, J.D. (1986a) *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero: Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid: Junta de Castilla y León; Universidad de Valladolid.
- Sacristán de Lama, J.D. (1986b) "Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la cuenca media del Duero", *BSAA*, 52, pp. 205-213.
- Sacristán de Lama, J.D., San Miguel Maté, L.C., Barrio Martín, J. y Celis Sánchez, J. (1995) "El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero", en Burillo Mozota, F. (coord.) *Poblamiento celtibérico: III Simposio sobre Celtiberos*. Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, Institución Fernando el Católico, pp. 337-367.
- San Miguel Maté, L.C. (1995) "Origen y evolución del oppidum vacceo de Las Quintanas (Valoria la Buena, Valladolid)", en Delibes de Castro, G., Escudero Navarro, Z., Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (coords.) *Arqueología y medio ambiente: El primer milenio a. C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 319-334.
- Sanz Mínguez, C. (1997) *Los vacceos: Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero: La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- Sanz Mínguez, C. (1999) "La cerámica a peine, nuevos datos para la definición de un estilo impreso en el Grupo Vacceo", en De Balbín Behrmann, R. y Bueno Ramírez, P. (eds.) *II Congreso de Arqueología Peninsular: Zamora, del 24 al 27 de septiembre de 1996, t. 3 (Primer milenio y metodología)*. Zamora: Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 249-273.
- Sanz Mínguez, C., Barrio Martín, J., Blanco García, J.F. y Martín Vela, R. (2023) "Ciudades en el cuadrante suroriental del territorio vacceo: Pintia, Cuéllar, Cauca y Cerro Tormejón", en Martínez Caballero, S., López Ambite, F. y Resino Toribio, J. (coords.) *Al sur del Duero: Ciudades de los celtiberos*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 207-220.
- Sanz Mínguez, C. y Sobrino González, M. (2013) "Tiedra: El cerro de la Ermita", *Vaccea Anuario*, 6, pp. 26-31. <https://doi.org/10.69531/LURX-4722-PNTV>
- Sanz Mínguez, C., Velasco Vázquez, J., Centeno Cea, I., Gallardo Miguel, M.A. y Del Olmo Martín, J. (2003) "Pintia: nacimiento y desarrollo de un oppidum vacceo-romano", en Sanz Mínguez, C. y Velasco Vázquez, J. (eds.) *Pintia: Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea: Investigaciones arqueológicas vacceas, romanas y visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 45-65. <https://doi.org/10.69531/GRCN-7561-PNTV>
- Seco Villar, M. (1993) "Cerámicas 'a peine' de Olivares de Duero (Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.) *Arqueología vaccea: Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 213-222.
- Seco Villar, M. y Treceño Losada, F. (1993) "La temprana 'iberización' de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de 'La Mota', Medina del Campo (Valladolid)", en Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C. y Escudero Navarro, Z. (eds.) *Arqueología vaccea: Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 132-171.
- Seco Villar, M. y Treceño Losada, F. (1995) "Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: 'La Mota', Medina del Campo", en Delibes de Castro, G., Escudero Navarro, Z., Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (coords.) *Arqueología y medio ambiente: El primer milenio a. C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 219-245.
- Uzquiano Ollero, P. (1995) "El valle del Duero en la Edad del Hierro: el aporte de la Antracología", en Delibes de Castro, G., Escudero Navarro, Z., Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (coords.) *Arqueología y medio ambiente: El primer milenio a. C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 395-416.
- Yll, R. (1995) "Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de Soto de Medinilla, La Era Alta y La Mota (Valladolid)", en Delibes de Castro, G., Escudero Navarro, Z., Romero Carnicero, F. y Morales Muñoz, A. (coords.) *Arqueología y medio ambiente: El primer milenio a. C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 357-370.